

## Entrevista a Carlos Castilla del Pino

Anna Caballé

Carlos Castilla del Pino nació en un pueblo luminoso de la provincia de Cádiz, San Roque, en 1922. Sin embargo, en su soberbia autobiografía, *Pretérito imperfecto*, ganadora del premio Comillas en 1996, dice que su casa era oscura: para ver el sol había que subir a la azotea. Nuestra conversación transcurre en su domicilio actual, una casa señorial ubicada en la campiña cordobesa, en Castro del Río, a unos 30 kilómetros de la capital. Me quedo impresionada con su biblioteca (unos 50.000 libros), que ocupa siete estancias de la casa, las dos últimas en el piso más alto. Se accede a ellas por una escalera que desde el vestíbulo reclama al visitante. Mientras que las paredes están forradas de libros bien ordenados (por materias, por lenguas, por géneros), en el centro hay dispuestas largas mesas cubiertas hasta el suelo de una tela de fieltro color granate: supongo que para mantener a disposición los libros que se consultan, tomar notas, abrirlos cómodamente. En el segundo piso, dos estancias componen su gabinete de trabajo, totalmente a oscuras (no soporta la luz natural para trabajar). En las paredes, algún incunable y valiosas primeras ediciones (de Descartes, Hobbes, Erasmo de Rotterdam, Avicena, el *Quijote* de Gorsch...). Cerca de allí, en el rincón de lectura –cómodo sillón, buena luz y una manta de viaje ahora doblada– no hay nada que no cumpla una función. Todas las contraventanas del piso permanecen cerradas. Son las cuatro de la tarde y la luz cordobesa es cegadora, pero estamos en la Biblioteca, un espacio claustal que no conoce el día y la noche. El silencio es total, a excepción de las dos perras boxers que de vez en cuando ladran en el primero de los patios de la casa.

El aspecto de Carlos Castilla del Pino es el de un profesor, un hombre cultivado: los cabellos albos, la barba y bigote cuidadosamente recortados, la mirada verde oscura y penetrante. Su apariencia es siempre impecable... Me recuerda a Sigmund Freud según las fotografías que se le conocen. Su trayectoria profesional ha sido larga y excepcionalmente fecunda, con aportaciones que están en la mente de todos. Nuestra conversación, sin embargo, no está vinculada a ninguno de sus libros en concreto –*Un estudio sobre la depresión*, *La culpa*, *Psicoanálisis y marxismo*, *La incomunicación*,

*Introducción a la psiquiatría, Estudios de psicopatología sexual, Teoría de la alucinación, Pretérito imperfecto, El delirio, un error necesario* o el más reciente, *Teoría de los sentimientos*, con el que ha obtenido un éxito de ventas espectacular, por citar algunos. Con *Teoría de los sentimientos* el eminente humanista ha logrado además rebasar ampliamente los límites de un planteamiento teórico y exclusivo para penetrar en la vida práctica: su ciencia resulta aplicable y accesible. Pero lo que hablamos tiene que ver con su inteligencia amplia y con su experiencia como psiquiatra, escritor y maestro.

— *¿Cómo te definirías?*

— Como una persona que muy tempranamente se trazó un proyecto y que, por todos los medios a su alcance, trató de llevarlo a cabo, sin desviarse. Naturalmente, no se ha logrado en los términos en que lo imaginaba, pero en muchas partes, sí. No estoy satisfecho de los logros: podían haber sido más y desde luego mejores.

— *¿En qué consistía el proyecto tal como tú lo imaginaste siendo un adolescente? ¿Y en qué medida ese proyecto era o implicaba un estilo de vida, una forma de concebirte a ti mismo ubicado en el mundo?*

— Respecto del proyecto en una doble vertiente: una, la investigación en el ámbito concreto de la neuropsiquiatría (entonces era una sola disciplina), investigación y clínica; la otra, de espectador en el sentido orteguiano del término, es decir, de persona para la cual «todo» —el libro, el cuadro, la ciudad, la música... todo, menos la política—, es objeto o debe ser objeto de reflexión, análisis, interrogación y respuesta. Eso sólo se podía hacer desde la soledad compartida, porque yo nunca renuncié a amar y ser amado. De aquí mi ideal de una vida anacoreta; pero con una mujer, anacoreta también.

— *El trabajo —una ética de trabajo muy exigente— ocupa un lugar central en tu vida. ¿De dónde procede esa vocación tan firme?*

— Mi mentor procedía de la Institución Libre de Enseñanza, era un devoto de Giner de los Ríos y admirador sin traba alguna de Ramón y Cajal. Era agnóstico y de él podría decirse que su religión era el estudio, la lectura reposada, pensada, anotada. A él debo esta idea del uso del tiempo, del

tiempo para el trabajo. No hay día que él no se me presente en algún momento (en el recuerdo, claro está, no de otra manera: yo no alucino). El tiempo para el ocio y para la amistad lo he aprendido por mí mismo, en mis segundos cincuenta años, es decir, un descubrimiento tardío de que eso es fuente de placer y también de conocimiento.

— *La impresión que das es la de mantener un estricto control sobre tus sentimientos. ¿Es así? ¿Es el trabajo un medio de controlar las propias emociones?*

— Mi infancia fue de relativa soledad, porque mis tres hermanas son mayores que yo. Mi comunicación con ellas era puramente circunstancial. Luego, en el terrorífico internado salesiano de Ronda había que sobrevivir, ser fuerte, y no había mas que dos maneras: o imponerse a los demás por la fuerza (lo que me estaba vedado) o el retraimiento y el secreto, como maneras de no hacer saber a nadie mis «debilidades». De adulto, cometí el error de ser padre (para lo que no es que no esté dotado sino que estoy antidotado) y ello tuvo consecuencias dramáticas, de las cuales no seré totalmente pero sí en alguna medida responsable. Pues bien, en esos momentos de mi existencia, el poderme enfrascar en la reflexión de esos acontecimientos me descubrió las virtudes salvíficas del análisis, por una parte, y del trabajo, por otra.

— *¿Pudiste conciliar a lo largo de tu vida profesional (que por supuesto no ha concluido) tu vocación científica y la afición al estudio con las exigencias domésticas y familiares? Ya sabes, casarse, tener hijos, educarlos... No parecen roles que puedan conciliarse fácilmente.*

— No, es que no los he conciliado. He gustado de mis hijos mientras eran pequeños y les veía descubrir cómo andar, cómo hablar. Luego, como imaginaba que no respondían a mis pautas, dejaban de interesarme y los dejaba ir. El error estaba consumado. Luego mi vida ha cambiado. Desde el 83 he realizado el ideal de mi forma de vida: amar y trabajar, es decir, dos formas de placer. Todas las tardes, cuando dejo de trabajar y cierro el portal de nuestra casa y coloco la tranca y me aílo (en compañía, es decir, nos aislamos) del mundo durante horas —hago lo que llamo el *hortus conclusus*—, y me doy un paseo por los patios y trato de quitarme de encima a las perras que saltan ante mí deseosas de lamerme el rostro, siento que por fin he sabido construirme el *habitat* que anhelé.

— *Algunos de tus libros han sido (o son) relevantes éxitos de ventas. ¿Estás satisfecho? ¿Qué opinas de la lectura en España? Siempre se dice que aquí se lee poco y que a los jóvenes no les interesan los libros. ¿Tú que crees?*

— Me gusta que mis libros se lean, porque para eso los escribo (y supongo que, como yo, les debe pasar a todos los que escriben). Me satisface el hecho de que mis libros se lean sin que yo haya tenido que abdicar de mi manera de escribir. No he tenido en cuenta a los «muchos» en tanto tales. Claro que se lee poco si atendemos al tanto por ciento de la población, pero se lee más que nunca. Cuando llegué a Madrid iba a las librerías (¡no de viejo!) y extraía de los estantes *Meditaciones del Quijote* de Ortega, *Juan de Mairena* de Machado, etc. Pues bien, eran primeras ediciones aún no agotadas. ¿Qué tiene que ver eso con lo que ocurre hoy? Decir que hoy se lee menos que antes es más que un error: es una tontería. Lo que no es una tontería es que hay que leer más, pero eso acontecerá siempre: que hay que leer más y más, porque nunca se puede decir que es bastante o suficiente.

— *En tu autobiografía, la descripción que haces de la universidad española de 1941 es demoledora: profesores despojados de sus cátedras y sustituidos a veces por personas absolutamente ignorantes aunque fieles al nuevo régimen y otros atemorizados o bien dominados por la atonía intelectual reinante: nada de lo que encuentras allí se corresponde con tus ilusiones de verdadero estudiante. Tu mayor aspiración –acceder al estamento universitario– se verá igualmente obstaculizada con el tiempo. ¿Qué piensas de la universidad de hoy?*

— No tiene ya ni remotamente parecido con aquélla. Hay miles de profesores y no se puede pretender que el cien por cien de los mismos reúna las condiciones ideales, que, como en todas las profesiones, sólo caracteriza a una minoría. Pues bien, en la universidad española actual hay una minoría, que puede ser de varios centenares, muy competente: en física, filosofía, matemáticas, filología, teoría de la literatura, en medicina, yo diría que en todas las disciplinas. Todo puede ser mejor, desde luego. Pero no lo olvidemos: todo puede ser peor, como lo fue la universidad de mi etapa respecto de la precedente.

— *En Pretérito imperfecto tu dominio visual de los recuerdos es absoluto, hasta el punto de que tu autobiografía puede interpretarse como un*